

corporar la izquierda a la vida nacional y porque, muy modestamente, muy tímidamente, intentó reformar de alguna manera un reparto de la riqueza arbitrario y abusivo en el país. A la República española le pasó lo que casi medio siglo después iba a pasarle a Allende en Chile, con algunos paralelos muy curiosos. Y porque estaba inmersa en un vendaval histórico de fuerzas dominantes en Europa —el nazismo, los fascismos— con enorme capacidad de ayuda y soporte (como a Chile le ha sucedido después dentro de su propio continente).

La disolución en estos días del Gobierno de la República en el exilio, prácticamente caído ya desde unos meses antes, ha servido para recordar algo que ha sido acogido en España muchas veces con saña, precisamente por los mismos que acusaban a la República de ser una fatalidad histórica hacia el desastre ("lo que tenía que ser", como decía Franco y dicen los franquistas) y con un cierto desdén, no exento de alguna bondad, los otros. La República en el exilio ha cumplido un papel histórico, con todas sus dificultades, con todas sus contradicciones: arrastrada por la corriente de la Historia, se ha resistido a desaparecer y ha querido mantener un fuego sagrado. A la hora de su muerte, la República del exilio merece un recuerdo por la integridad de sus hombres, por la entereza con que en un mundo de políticos inconsistentes y tráfugas han mantenido la validez intrínseca de algo a lo que no tenían medios de servir mejor.

Repetimos que no tenemos nada que oponer a que se mantenga la forma de Estado que tiene



Los Reyes, durante una reciente recepción, en el salón del trono del palacio de Oriente.

hoy España, sea cual sea su procedencia, y que no dejamos de advertir sus peligros. El más considerable, el de que esta aceptación prácticamente unánime está ligada a la persona que ejerce hoy el puesto de Jefe de Estado, pero que podría tener aspectos negativos en cuanto fuera ejercida por otra no dotada del mismo valor personal e histórico. No debemos, o no creemos conveniente, abonar desde aquí la idea de un referéndum para que el pueblo español ratificase de derecho electoral lo que está implantado de hecho y se está consolidando por su actuación.

Un referéndum —como el que piden ahora muchos republicanos— situaría a los electores en una posición enormemente incómoda: el dilema de votar por lo que su conciencia y su creencia les indica, o por lo que la práctica y la realidad de la vida española indican como útil y necesario. Podría producirse un desgarramiento o un elevado número de abstenciones que, finalmente, no favorecerían la idea de la República, pero tampoco la de la Monarquía.

Por otra parte, parecería, tras el voto favorable que se obtuviese —y no parece que hoy puede haber ninguna duda de ese resultado favorable—, que el pueblo español aceptaba así para siempre, para sus sucesores y para las generaciones venideras, una filosofía de Estado. Y, con ella, una forma definitiva y eterna.

Como hace año y medio, exactamente igual que en unos momentos oscuros y difíciles en los que no se sabía todavía lo que iba a ser de España, podemos repetir nuestras propias palabras: "Podríamos también discrepar ahora con mil ejemplos de la simplista idea del señor Fraga de que la República, ensayada por dos veces en España, ha dado en caos. El caos lo crearon los enemigos de las Repúblicas, que no les permitieron el desarrollo. Y los milenios de Monarquías españolas no han evitado algunos muy considerables caos, entre ellos, como muy reciente, el que provocó la instauración de la Segunda República española. El hecho de que se acepte la conversión de España en Monarquía y la instauración de un Rey porque en ello hay una convergencia en la necesidad de intentar cambios imposibles, no impide que tengamos un respeto considerable a la Historia".

Seguimos pidiendo un respeto para la Historia, y un respeto para la razón y para la lógica, un respeto para la realidad que salta de cada esquina de España. El mismo que nosotros ofrecemos, y no solamente ofrecemos, sino que realizamos día a día, semana a semana. ■

Los
CoNteM
poRa
nEoS

LA TELEVISION CONTRA EL GOBIERNO

LOS viejos maestros nunca mueren. Sus ideas van saltando de generación en generación de sus seguidores, hasta de los que reniegan de ellos. El viejo maestro Goebbels decía: "La Iglesia Católica se sostiene porque repite lo mismo desde hace dos mil años. El Estado nacional-socialista debe hacer lo mismo". El viejo maestro Hitler decía: "La propaganda debe limitarse a un número corto de ideas y a repetir las incansablemente. La masa no se acordará de las ideas más simples más que si se repiten cientos de veces". Pero eran los tiempos en que la palabra propaganda era aceptada. Había Ministerios de Propaganda. Luego se descubrió que la propaganda podría valer a condición de que nadie supiera que era propaganda. Entonces los mismos ministerios se llamaron de Información. Se desgastaron también, y ahora ya pierden su nombre: ahora se llaman de Cultura y Bienestar, que no puede evitar tampoco su genealogía fascista: es apenas una paráfrasis de Educación y Descanso. Que a su vez había tomado su nombre y su estructura de otra organización nazi.

Esta metempsicosis —esta metástasis— no transcurre sin desgaste. Los viejos maestros tenían razón (de la sinrazón) en su tiempo. No la tienen ya. Toda repetición agobia y cansa. Sin embargo, los jóvenes discípulos no se han enterado todavía. Se decía en otros tiempos que una mentira repetida se convierte en una realidad. El axioma de nuestros tiempos es inverso: una verdad repetida se convierte en una mentira.

Pero los discípulos, los aprendices de brujo que desatan fuerzas que luego no saben domesticar, no se han dado cuenta. Repiten aquello que quieren ensalzar hasta que consiguen su mejor nivel de incredulidad. No han sabido entrar en la nueva escuela de propaganda, la de los "persuasores invisibles": la escuela americana. Son visibles. Y torpiones.

El señor Fuentes Quintana habló ante y por la televisión con unas palabras deliberadamente modestas, de las que emergían cuatro o cinco puntos convincentes, capaces de retener la atención de las gentes. Tuvo además la suerte de aparecer por sorpresa: los propagandistas no tuvieron ocasión de destrozar su aparición mediante los anuncios continuos que se hacen en otras ocasiones. Pero no han podido resistir la tentación de repetirlo, refritarlo, resumirlo: de organizar mesas redondas de turiferarios encendidos, de hacer encuestas de admiradores, de repetir elogios y destacar frases. El pensamiento del señor Fuentes Quintana se ha ido alejando, envejeciendo: se ha desgastado antes siquiera de que pueda plasmarse en decretos, o leyes, o disposiciones. Ha empezado a hacerse sospechoso. Lo han teñido de propaganda. Los responsables políticos de la televisión no descansan hasta que consiguen que los espectadores apaguen con un suspiro de aburrimiento y fastidio. Hasta que no se haya creado en ellos, nuevamente, la capacidad de resistencia y de negación.

No se entiende por qué los líderes de la oposición tienen tanto empeño en que se modifique la televisión, se modernice y se neutralice. Tal como está es la mejor arma de que disponen para acabar con el Gobierno y con sus personajes. Los deteriora rápidamente. Es el resultado de aplicar las enseñanzas de los viejos maestros en una época que ya no es la suya.

Proyecto de ensayo: ¿Fue la televisión de Franco la que acabó con el régimen de Franco?

POZUELO